

MANOS VACÍAS

De nuevo, la noche se alza sobre las nutridas aguas tinerfeñas. Y en silencio, una mujer observa desolada el horizonte, con el alma despoblada de esperanza, con su espíritu envuelto en un manto de impotencia absoluta... con sus manos vacías.

El pasado 17 de mayo, después de veinte agónicos días intentándolo por tierra y aire, la directora general de la Guardia Civil logró que el Instituto Español de Oceanografía diera carta blanca para contar con sus medios de rastreo. Así se anunció la salida del buque Ángeles Alvariño del puerto de Vigo el 23 de mayo. Tras seis días de travesía por la costa portuguesa, haciendo escala en el puerto de Cádiz, el sábado 29 llegan por fin a la costa de Tenerife.

Sin ninguna demora, los agentes encargados del caso fueron reunidos en la sala más amplia del cuartel. Allí recogieron nuevas órdenes y directrices. Entre ellos, aquella mujer toma notas a la velocidad del rayo, procurando no desperdiciar ningún dato. No hay tiempo para camas de laurel, no hay sitio en la retina para vuelos de mosca; con absoluta profesionalidad, todos invierten sus cinco sentidos en las instrucciones mientras el coordinador de la búsqueda asigna a cada uno su próximo destino.

A la mujer le toca supervisar las labores de rastreo de los buzos del buque. A pesar de vivir rodeada de costa, posee pocas nociones de navegación, y a medida que van transcurriendo las jornadas en alta mar, se siente una inútil observadora. Los expertos calculan los perímetros de mar que deben acotar, las condiciones climatológicas, revisan meticulosamente los instrumentos, el material y los accesorios que emplean para la búsqueda. Y todo ello se suma a las continuas y tediosas desinfecciones, trabajo extra que añade una implacable pandemia mundial.

Los barridos del fondo marino comenzaron el lunes 31 de mayo. El método de detección de objetos se basa en un ingenioso sistema de impulsos sonoros, los cuales

hacen rebotar ondas de cualquier figura sospechosa del suelo oceánico. El rastreo se centra en un área rectangular de 500 metros de ancho y 350 de largo, acotando el lugar donde fue hallado el barco con el que el sospechoso huyó de puerto. Tras un infructuoso mes de búsqueda, el 7 de junio, los encargados del sónar logran el primer hallazgo: una funda nórdica envolviendo una botella de oxígeno. Sin pausa, trasladan la prenda y la botella para su análisis. Cuando confirman que contiene trazas de ADN del desaparecido, continúan la búsqueda con más rigor exhaustivo.

Tres días después, perciben a 1000 metros de profundidad unos bultos sospechosos junto con un objeto metálico. Una agónica espera se produce entre la tripulación mientras el buzo lleva a cabo el descenso. Debe colocar unas balizas a modo de pasarela para abrir camino al robot de búsqueda. Al subir, la mujer atisba entre la bruma cristalina del mar las luces de las gafas del especialista. Por fin sale a la superficie. Con su mano derecha se quita la máscara de oxígeno e informa con una señal de su pulgar izquierdo de que la ruta está señalada.

El robot Liropus está listo. Ayudado de una grúa es conducido al agua, que lo recoge con sus burbujas abiertas de par en par. Parece que la mar está ansiosa por enseñar lo que esconden sus profundidades. Frente a los monitores, la tripulación contiene el silencio en sus pupilas, atentas a las imágenes submarinas. A los seis operarios que supervisan la inmersión no les quedan uñas para roer. Veinticinco lobos de mar aguardan una espera infernal. El vehículo comienza el ascenso. Sus tenazas ya han recogido lo que había en el fondo. La grúa lo alza a la base del buque.

Todos esperan en la cubierta del barco. La primera persona que sale del transporte submarino lleva dos maletines de deporte. Con sumo cuidado, los coloca en el parque del buque. La tripulación enmudece, temen lo peor. La mujer encarcela su respiración entre los labios mientras una de las expertas forenses se coloca los guantes de seguridad.

La tripulación se agarra de las manos olvidando la distancia de seguridad, notando en su propia piel el rasgado de la cremallera al abrirse.

Ni el blanco impoluto de la bata, ni el azul cielo de los guantes pueden suavizar el horror del hallazgo. El cuerpo de Olivia, una de las niñas secuestradas por su propio padre, se encuentra en su interior. Descalza, está envuelta en una toalla, dentro de una bolsa de basura que, a su vez, se hallaba dentro de la bolsa más grande de deporte. La mujer solo capta la imagen de su cuerpo unos instantes, pero son suficientes para que se le clave como mil dagas en su corazón, como mil alfileres en sus enrojecidas pupilas, a mil metros de su memoria. Sabe que este recuerdo le acompañará siempre, que atormentará sus sueños nocturnos, que la seguirá hasta el resto de sus días. Y entre dientes, maldice al monstruo que ha cometido esta atrocidad.

Es hora de descubrir el contenido del segundo bulto. Los veinticinco lobos de mar, en una segunda espera fatídica, rompen a llorar y se abrazan desconsolados. La bolsa de deporte más pequeña está vacía.

Después de aquello, todo se complica. Según órdenes del jefe de investigación, deben detener la búsqueda debido a la llegada de un fuerte viento. Las condiciones climatológicas adversas se suman a una avería en la hélice del buque. Y, por último, deben rotar turnos en la tripulación. La mujer alberga en su interior sentimientos encontrados. Quiere quedarse, seguir ayudando a encontrar a la segunda criatura, rescatar el cuerpo de la pequeña Anna. Pero necesita un descanso, desconectar de aquella tragedia. De todas formas, órdenes son órdenes, así que arregla su petate y se prepara para el cambio de personal. Luego, parte sin más, dejando abiertas las puertas de dos paraísos; uno para cada una de las niñas.

Una vez en su hogar, corre a la habitación de su hijo y lo abraza con fuerza. Solo tiene siete años, uno más que la dulce Olivia. Él también está descalzo, como lo estaba su cadáver.

Y, aunque retiene en los brazos su diminuto cuerpo, sigue sintiendo sus manos vacías.